

## Prácticas desarticuladas

Stefan Gzyl

Arquitecto y profesor de la Universidad Central de Venezuela

**E**n el año 2008 la prestigiosa editorial Phaidon publicó un ambicioso libro titulado *The Phaidon Atlas of 21st Century World Architecture* (Atlas Phaidon de la arquitectura mundial del siglo XXI), que recopilaba lo más notable de la producción arquitectónica mundial del nuevo siglo. El abultado volumen incluye más de mil edificaciones en 89 países construidas desde el año 2000, que constituyen una muestra de la increíble diversidad y riqueza de la producción arquitectónica contemporánea.

Venezuela no está incluida en el *Atlas*, lo cual resulta llamativo si se considera que América Latina figura ampliamente, en algunos casos con múltiples entradas por país. Esta omisión pudiera ser un hecho aislado, pero puede argumentarse lo contrario. El hecho de que este país haya sido excluido puede ser enmarcado dentro de un problema mayor: la desaparición gradual de Venezuela del escenario arquitectónico internacional. Esta suerte de desarticulación progresiva ha sido el resultado de la pérdida de un suelo común entre la profesión a escala nacional y lo que ocurre más allá de la frontera.

**Proceso histórico**

La presencia de la producción arquitectónica venezolana en páginas internacionales no debe entenderse como una necesidad de validación ni como el deseo de protagonismo o reconocimiento individual por meritario que sea. Por el contrario, debe basarse en la existencia de intereses disciplinares comunes que permitan un diálogo entre pares y nutran a todas las partes por igual. En tal sentido conviene preguntarse, primero, si ha existido una relación en estos términos entre la arquitectura nacional y la producida en otras partes del planeta. Un breve recorrido por la historia arquitectónica del último siglo encontrará tres episodios notables.

**Irrupción**

La arquitectura venezolana irrumpe en la escena internacional en la década de los cincuenta, en un momento en que arquitectos, instituciones y publicaciones de todo el mundo centraron su

atención en América Latina. Las razones fueron múltiples: desde el vertiginoso desarrollo económico del cual la arquitectura pasó a ser manifestación física hasta el hecho de que el subcontinente, al no verse afectado por la Segunda Guerra Mundial, venía gozando desde la década anterior de un período fructífero en términos de su producción arquitectónica. Es importante agregar la presencia de numerosos arquitectos que como consecuencia de la guerra emigraron a América Latina, cuya contribución al desarrollo de la profesión fue invaluable.

El cambio en el patrón geográfico de la producción arquitectónica mundial vino acompañado de un elemento fundamental: la puesta en práctica de las ideas de un Movimiento Moderno de origen europeo en un nuevo contexto, de la que resultó una arquitectura increíblemente rica y compleja. En

**Venezuela ha desaparecido gradualmente del escenario arquitectónico internacional**

otras palabras, la arquitectura moderna en Venezuela y en América Latina floreció en el escenario que la arquitectura europea hubiera deseado para sí desde todo punto de vista: desde la liberación del peso de la historia y la ausencia de resistencia institucional hasta la benevolencia del clima. La modernidad desenfadada que caracterizó los años cincuenta en toda Latinoamérica fue motivo de sorpresa y admiración en el resto del mundo.

El rápido crecimiento urbano de Caracas exigió soluciones capaces de lidiar efectivamente con aspectos cuantitativos y de rapidez de ejecución. Frente a tal escenario, las fórmulas modernas supusieron un camino seguro aunque no necesariamente comprobado. En la década de los cincuenta, América Latina también se convirtió en el laboratorio en el que las ideas más radicales del Movimiento Moderno fueron puestas a prueba, a escalas nunca ensayadas en los lugares donde fueron producidas.

**Crítica**

Por mera coincidencia histórica, la caída de Pérez Jiménez y su modelo desarro-

llista ocurrieron en el mismo momento en que el Movimiento Moderno era destronado en Europa por la nueva generación de arquitectos de la posguerra. Quienes cuestionaban el dogmatismo de la arquitectura moderna encontraron las evidencias más sólidas de sus argumentos en América Latina. El cambio de enfoque disciplinar vino acompañado de una revisión crítica de la obra ejecutada en las décadas anteriores, especialmente en materia de vivienda social.

El nuevo fenómeno del barrio y su existencia fuera de las estructuras formales de planificación y ordenamiento, en lugar de un problema, sirvió para cuestionar la validez de las estructuras mismas, las cuales habían sido incapaces de reconocer la naturaleza del problema. La arquitectura informal se convirtió en los años sesenta en motivo de estudio y fascinación para una nueva generación de arquitectos, quienes encontraron en ella una fuente de renovación y una salida a la crisis interna de la disciplina. Durante esta década, numerosos arquitectos y planificadores participaron en experimentos de «arquitecturas autoconstruidas» independientes o con el respaldo de prestigiosas instituciones. El Centro Conjunto para Estudios Urbanos de la Universidad de Harvard y el MIT, por ejemplo, tuvo amplia presencia en asentamientos informales en todo el mundo, y puso en contacto a arquitectos y planificadores extranjeros con habitantes locales. En Venezuela, la participación de este Centro fue notable en la planificación de nuevas ciudades, primero con Ciudad Guayana en 1959 y más adelante con Tuy Medio y El Tablazo.

**Regionalismo o el discurso de la diferencia**

El colapso del régimen que había promovido las grandes obras de los cincuenta reorientó la profesión hacia el sector privado. La nueva generación de arquitectos como Jesús Tenreiro, Jimmy Alcock y Fruto Vivas, que emergieron de la prolífica década de los cincuenta, debe haberse encontrado sin un suelo firme bajo sus pies, al insertarse en un medio disciplinar que cuestionaba sus logros tanto nacional como globalmente.

La obra de esta generación se articuló, aunque con retardo, con debates regionales en torno a los problemas de identidad cultural que ocurrieron en la década de los ochenta, cuando la producción arquitectónica latinoamericana fue revisada bajo la lente del Regionalismo Crítico. Este polémico concepto, propuesto por el historiador y crítico británico Kenneth Frampton, intentaba explicar la producción arquitectónica de ciertas localidades periféricas a partir de una crítica a valores culturales universales y homogeneizantes, que eran filtrados, interpretados y ajustados a una realidad nacional en esencia diferente de la de los grandes centros de la cultura occidental. El Regionalismo Crítico, tal como fue introducido en el debate arquitectónico, se convirtió en una categoría de aplicación retroactiva, asignada *a posteriori* para encasillar la producción arquitectónica de buena parte del mundo, incluso aquella realizada varias décadas antes. Así, los modernistas más notables del continente, desde Luis Barragán en México hasta Niemeyer en Brasil, fueron etiquetados de regionalistas a comienzos de los años ochenta.

El Regionalismo Crítico resonó fuertemente en toda América Latina, se entremezcló con debates propios de la posmodernidad y resultó en intentos —generalmente falaces— de establecer una identidad común y su expresión en la arquitectura, que debía manifestarse en el uso de ciertos materiales y formas comunes arraigadas en tradiciones y técnicas preindustriales. No sería arriesgado decir que fue en el marco de estos debates cuando la arquitectura venezolana se articuló consistentemente por última vez con intereses y problemas más allá de las fronteras. El regionalismo, como discurso de la diferencia, erró al contraponer maniqueamente categorías de nacional y global, genuino e imitación, y crear barreras comunicacionales difíciles de sortear y prejuicios de los cuales hasta el presente la disciplina no ha logrado deslastrarse.

## El presente

En el presente la práctica de la arquitectura tiene un rango increíblemente amplio. Los límites de la disciplina se han expandido notablemente, las líneas de investigación se han multiplicado y los medios para la difusión de ideas y conocimiento son cada vez mayores. Esta apertura ha aumentado posibilidades de contacto entre realidades antes apartadas, borrado distinciones tradicionales de centro y periferia, y, más importante aún, ampliado los códigos según los cuales se evalúa la calidad de la obra arquitectónica.

Esta situación, sin embargo, ha coincidido con un momento de merma en la producción arquitectónica venezolana, en términos tanto cuantitativos como cualitativos. Las cifras publicadas por órganos de la industria de la construcción e inmobiliaria revelan que en Venezuela

## Las cifras publicadas por órganos de la industria de la construcción e inmobiliaria revelan que en Venezuela cada año se construye menos. Además, se construye peor

cada año se construye menos. Además, se construye peor. El proyecto, la herramienta fundamental de la arquitectura para actuar sobre la realidad, ha perdido toda credibilidad. Sus capacidades anticipatorias son anuladas a diario por una realidad impredecible y cambiante.

La arquitectura es por tradición una profesión de lento hacer, y la poca capacidad de adaptación que ha logrado frente a la inestabilidad del entorno ha sido a expensas de la calidad del producto final. Los arquitectos venezolanos parecieran moverse entre la improvisación, el lamento y la nostalgia, sin haber desarrollado aún las herramientas adecuadas para actuar y asumir una postura crítica frente a la realidad en la que operan.

La escasez y la incertidumbre son condiciones ineludibles y en este esce-

nario los problemas son otros, así como necesariamente deben ser otros los parámetros para juzgar el éxito de una obra. Es fundamental que como gremio los arquitectos venezolanos internalicen esto y logren convertirlo en elemento potenciador de su quehacer. En términos de ejercicio profesional existen entornos parecidos en otras partes del planeta, lugares donde la profesión ha aprendido a operar efectivamente en contextos de precariedad e inestabilidad. El problema está en que no ha habido en el ámbito nacional un reconocimiento franco y generalizado de estas condiciones. Mientras tanto la arquitectura venezolana, insegura, sigue buscando referencias en geografías que van de Miami a Moscú, irrelevantes y de las cuales lo menos grave que puede producirse es una copia de segunda mano. Pero sobran referencias de arquitectos cuya obra sorprende y conmueve, no a pesar de las restricciones de su contexto, sino precisamente por la manera como su obra expresa y asume esas limitaciones: las del paraguayo Solano Benítez, el argentino Rafael Iglesia, el mexicano Mauricio Rocha o el burkinés Francis Kéré, por nombrar algunos contemporáneos que operan fuera de las fronteras de la «arquitectura globalizada».

La profesión en Venezuela debe recobrar conciencia de su papel social, mediante una mayor capacidad propositiva para enfrentar problemas del entorno construido y con un trabajo activo y creativo con organismos públicos en todas las escalas. La arquitectura es una profesión en esencia optimista: actúa sobre el mundo para mejorarlo. El diseño puede y debe convertirse en herramienta para el desarrollo, en un mecanismo para mejorar las condiciones dadas. Atender a las necesidades podría ser un primer paso para restablecer importantes líneas de comunicación entre lo que ocurre en el país y en otros lugares del mundo. Aunque también puede ser que todo esté bien y la omisión de Venezuela del famoso *Atlas* sea pura casualidad. ☐

## EMPRENDEDORES VENEZOLANOS: ¿CÓMO CONVIRTIERON SUS SUEÑOS EN REALIDADES?

Federico Fernández y Rebeca Vidal



0212-555.42.63 / 44.60  
edies@iesa.edu.ve

Diez historias exitosas de iniciativa empresarial ofrecen una visión práctica de las claves para convertir sueños en realidades. Más que fórmulas mágicas, los autores presentan una gama de opciones para facilitar la compleja tarea de crear y llevar adelante un negocio propio. El mérito de los emprendedores que protagonizan estos relatos de éxito y compromiso personal reside en el adecuado balance entre oportunidad, recursos y equipos, pero también en la comprensión de las realidades del entorno venezolano.